

LA MEDICINA EN LA NOVELÍSTICA DE CAMILO JOSÉ CELA*

Ricardo Díaz-Casteleiro Romero

A mis compañeros de Promoción y al Profesorado,
que me han hecho *reactualizar* mi vida de estudiante.

“Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo...”

Así arranca *La familia de Pascual Duarte*, en 1942, y así consigue Camilo José Cela volver a poner en marcha la literatura en España. Tras una etapa difícil, culturalmente hablando, pues se venía de un 98 literario, y había quedado un cierto vacío. Urgía la figura, la bandera o la señal, sin dejar de lado, naturalmente, ciertas personalidades que intentaban llevar adelante, en el aspecto cultural y social, un país un tanto desnortado.

Al abordar la inmensa y compleja obra literaria de Camilo José Cela, abruma contemplar cómo, en su ingente producción, es capaz de recrear personas, personajes, y situaciones, con la magia de su torrencial palabra, de tal magnitud, que puede provocar, como de hecho provoca, una avalancha constante de estudios en todas sus vertientes.

Piénsese por un momento en los profundos análisis pormenorizados de todas y cada una de sus obras. Camilo José Cela se ha dedicado exclusivamente, en su larga vida, al oficio de escribir. Según él, *“lo único que sabía hacer”*. Y lo que logró fue, al dar cuerpo a toda una biblioteca, elevar la Literatura Española a una de las principales cimas de la Literatura Universal. Pero esto lo logra a base de un gran esfuerzo, de un trabajo constante, y de una férrea disciplina, porque escribir, como repetía con cierta frecuencia, le costaba muchísimo. No

* Trabajo de Fin de Especialidad “Traumatología del Deporte” - U.C.A.M. – Murcia, Curso 2003-2004.

puede hacerse una obra si no es con un trabajo sistemático de horas y más horas, días, años y décadas sentado ante el folio en blanco, incluso aunque pase el tiempo y muchas veces no encontremos ideas válidas o suficientes, aunque las correcciones sean constantes hasta conseguir el texto definitivo. Cela sabía manejar, con su pasión por el lenguaje, las ricas posibilidades que ofrece e incluso amplía con nuevas denominaciones y conceptos.

“Me dijo un día una de esas personas que lo saben todo: “Escribe usted como quien mea”. “No”, le contesté, “salvo que el que mee sea prostático”.

La Literatura Española se vio, gracias a una serie de ilustres plumas, convertida en referente imprescindible del panorama cultural de una época convulsa, confusa, moderna, a veces caótica, pero siempre apasionante, en la que se convirtió la segunda mitad del siglo XX.

Cuando, a principios de los años 40, ve la luz su primera obra, *La familia de Pascual Duarte*, viene a representar una convulsión dentro del marasmo en el que el mundo literario español se había convertido, estancado desde la generación del 98 del siglo anterior. Y junto a esta obra, *Nada*, de Carmen Laforet, se destacan como voces nuevas y frescas, y abren y sugieren nuevos caminos en el devenir literario. A esta primera obra van a ir sucediéndose, título tras título, más de un centenar, en un vértigo de trabajo. Se le podrían achacar a Cela muchas cosas, pero no la de ser vago... A mano, con rigurosa y minúscula caligrafía, que conservó asombrosamente exacta hasta el final, huyendo de soportes modernos, con infinita vocación y constancia, va haciendo méritos para la posteridad. Cada obra suya va a representar un paso adelante, en atrevimiento formal, técnico y lingüístico, sin importar el género que aborde en el reto diario de enfrentarse al folio en blanco. A veces va a ser como notario de todos los bajos fondos, reales o ficticios. Va a ser camino y espejo de nuevas voces literarias. Pero, al tiempo, va creando y recreando un personaje en sí mismo.

Cela consigue, en su larga vida, despertar las pasiones más encontradas. No sólo su obra, incuestionable en calidad (con las oscilaciones propias de tan extensa producción), sino su persona, hacen que su presencia pública sea una constante en la España de la segunda mitad del siglo XX.

Toda esta obra de vértigo, en la que va a abordar, siempre con mano maestra, todas las posibilidades formales del trabajo de creación,

incluyendo novedades técnicas en el hacer y en el decir, se ve envuelta por la magia de la palabra. Este trabajador incansable es, además, perfeccionista extremo y cultivador obsesivo. Es, ante todo, un artista, no un pensador, que con la búsqueda del instrumento verbal preciso, hace que hubiera sido considerado como un lírico disfrazado de humorista.

Francisco Umbral, celiano confeso, dejó escrito de él:

“... amigo generoso, profesor de energía y maestro literario... Cela le cura la depresión a cualquiera... En una tarde con Cela uno acaba viendo la vida y la literatura de otra forma, con menos importancia y más hermosura al mismo tiempo, con más anécdota y menos categoría, con menos angustia pero con más violencia...”

Quizá sea el mejor resumen de lo que tenemos entre manos.

Su compleja personalidad y su extensa obra nos abrumba, sí, pero nos enseña, como lectores, algo fundamental: hoy el lector no debe ir de la mano del autor, sino que debe ser participativo. Es muy claro que, a veces, determinadas obras tuyas no son de fácil digestión. Pero Cela vive para el trabajo para el que ha sido predestinado, y presuponemos un lector inteligente, capaz de ver mundos y submundos a su alrededor. Sus libros de viajes, por ejemplo, no son de descripción geográfica, sino de “andar y ver”. Sus personajes no son definidos, en muchas ocasiones, más que con una efímera adjetivación o con un mote. Aparecen y desaparecen, miles y miles, siempre de forma recurrente, como constantes “viejos amigos” del escritor. Con todo y con eso, logra un universo propio y le da vida, a veces tan anodina como breve. Pero esas son las vidas y los personajes que jalonan la obra de Camilo José Cela. Salvo ilustres excepciones (Pascual Duarte, Mrs. Caldwell, doña Rosa, Matías Marco...), pocos personajes más logramos rescatar como protagonistas únicos. Por el contrario, el mundo literario de Cela es siempre sinfónico, a modo de una auténtica Comedia Humana. Esto es más evidente en determinadas obras, como más adelante veremos, pero siempre es una constante.

En tal regocijo de la palabra, naturalmente no pueden faltar referencias a la vida y a las costumbres. Los personajes, como se dijo, a veces son nimios y sin una vida que contar, pero Cela le da a cada uno su historia, por minúscula que ésta sea, siendo como el notario que les concede realidad. Y eso es lo que Cela es capaz de rescatar. Eleva

a categoría literaria el submundo de la miseria, de la gente gris, del tonto del pueblo... pero siempre mezclando ternura y crueldad al mismo tiempo. No es más que un poeta, probablemente. Cela rezuma poesía en su literatura, y poesía de amor, aunque con caminos a veces tortuosos. Quizá la vida, cualquier vida, no sea otra cosa.

Cuando Cela fallece en enero de 2002, sale a la luz un espléndido poema, escrito ya en el declive más definitivo de su vida, pocos días antes de morir. Y en ese poema posiblemente esté condensada una gran parte de su existencia: "Sé bien que estoy muriendo, pero no de vejez, sino de amor...".

Esta obra de Cela, tan exhaustivamente estudiada, es tildada con frecuencia por los más reputados críticos como una obra cruda, y a veces cruel, de una sociedad miserable, en donde el hombre es un títere sujeto a las miserias de un existir gris y anodino. Pero subyace siempre, incluso en sus páginas más siniestras, el rescoldo del amor, de la poesía, de la supervivencia. Y, desde luego, insuperables pinceladas de un humor, a veces desternillante.

El mundo literario de Cela abarca, por tanto, todos los detalles de la vida humana, y su interpretación por esos mismos protagonistas. Lo demás es crónica. Pero a Cela le interesa el detalle, la minucia, porque sabe bien que los sucesos acontecen de forma particular e individualizada, no general. Esto se ve no sólo en su obra, sino también en su vida. Cuando nos acercamos a Camilo José Cela descubrimos un ser de una gran hondura estética.

Ama la obra de arte hasta el punto de precisar su contacto y su contemplación, y ello le lleva a compartir amistades y complicidades con renombrados artistas, e incluso con varios llegó a compartir obras conjuntas, así como a reunir una importante colección artística, hoy conservada con mimo en su Fundación.

Ama la pintura, e incluso él mismo llegó a aventurarse en ella, haciendo varias exposiciones: la primera de ellas, en 1947, en la librería "Clan", de Madrid, la segunda, en 1950, esta vez en la librería hoy desaparecida "Lino Pérez" de La Coruña, con estrambótico final, muy de nuestro autor, con diversos escándalos incluidos. En el intermedio, en 1948, participa en una colectiva celebrada en la Galería Buchholz de Madrid, "16 artistas de hoy", junto a Vázquez Díaz y Carlos Edmundo de Ory, entre otros. Estas obras pictóricas no son más que retazos de ingenio, repletas de la enorme personalidad de su autor, y que en su mayoría consiguió ir recuperando para engrosar la

rica pinacoteca que se conserva en su Fundación de Padrón. Pero son muchas las veces que Cela aborda como tema literario la pintura, e incluso su discurso de ingreso en la Real Academia trata sobre la obra literaria del pintor Solana.

Ama el mundo del toro, repleto de una luminosidad y pintoresquismo al lado de verdaderas epopeyas existenciales en muchas de sus figuras. Pero lo hace desde su óptica propia, espontáneamente, huyendo de costumbrismos, y convirtiéndolo, además, en nutriente importante de su lírica. Sus escritos sobre el tema se han reunido en el volumen “Torcerías”, e incluye un libro delicioso, *Toreo de salón*, que es un conjunto de pinceladas acompañadas de fotografías de Oriol Maspons y Julio Ubiña, donde el humor y el sarcasmo están presentes, al lado de una rigurosa erudición (da comienzo a sus ejercicios de *erudipausia*, como denomina a su disciplinada documentación previa a sus escritos). Sus tímidos acercamientos como participante en novilladas en sus años mozos, no dejan de ser más que sustento para diversas referencias literarias, con las que va a jugar muy frecuentemente, y pasan a engrosar esos capítulos inacabables de los variopintos sucesos de su vida. Es indudable que encuentra un gran filón en la vida taurina y su paralelismo con la vida:

“Quienes trabajamos en la cuerda floja, sin red y a la vista del respetable –hablo de los trapezistas del circo, los toreros, los cómicos y los escritores...”

Cela va convirtiéndose, para solaz de sus crónicos enemigos, en el objetivo crítico, a veces desproporcionadamente crítico, de determinados sectores, que no le perdonan el éxito profesional y social que lo acompañarán para siempre. Pero, fiel a su lema “*el que resiste, gana*” que hizo incorporar a su escudo del Marquesado de Iria-Flavia, consigue resistir y ganar ante incomprensiones e injusticias que ha tenido que padecer, incluso desde organismos culturales oficiales.

Rigurosamente constante y disciplinado en su diario trabajo, consigue, como se dijo, vivir exclusivamente de la literatura. Si sus principios son difíciles, por la época y las circunstancias que le tocó vivir, su calidad y su palabra van a imponerse de forma definitiva, al ir poniendo en manos del lector sus obras, siempre nuevas y frescas, hasta el regodeo literario que consigue con su última obra, *Madera de boj*, lleno aún de su gran juventud creativa a los 84 años...

Gustaba de repetir que a él no lo jubilaría más que la arterioesclerosis, y, a fin de cuentas, la enfermedad y la muerte van a presentarse cuando ya, con 85 años cumplidos, y tras la publicación de *Madera de boj*, había reducido su producción a sus colaboraciones en el *ABC*. Muere siendo lo que siempre fue: periodista y poeta, con lenguaje propio y personal, y ofreciéndonos siempre una visión de su mundo, desde las muchas ópticas que quiso utilizar. Deja, quizá, en el tintero, lo que sería el tercer tranco de sus memorias, y que ya había titulado como *Turno de réplica*, pero sin llegar a ser concretadas, sólo barruntadas, y que tras *La rosa*, en donde narra deliciosamente su infancia, y *Memorias, entendimientos y voluntades*, donde nos narra su turbulenta juventud, sería la recuperación histórica de su vida de adulto. Queda claro que aún está pendiente, por hacer, la biografía definitiva de este autor, al que sólo el tiempo llegará a poner en su sitio, ocupado sin duda a la par de Cervantes y Quevedo.

El censo de enfermedades en la obra de Cela es infinito, posiblemente como el de sus personajes, sin contar con las múltiples perversiones sexuales que a veces gusta detallar. En muchas ocasiones estas enfermedades le interesan más por la fonética, aunque en el caso de la tuberculosis pulmonar, que él bien conoce, la hace muy presente en su obra *Pabellón de reposo*, y sus referencias en el resto de sus obras es muy recurrente. Otras son efímeras, y a veces más por la sonoridad de sus nombres, como enamorado de la palabra que es.

Incluso se permite proponer nuevas acepciones: la *cachitis*, por ejemplo, enojosa inflamación de las nalgas, que ataca a los jinetes, ciclistas y escritores. Describe de forma muy graciosa, cómo

“el sieso del homo sapiens contra lo que pudiera pensarse al escucharlo nombrar de posaderas, no fue inventado para servir de permanente soporte a sus miserias sino, antes al contrario, para posarlas a veces y con intermitencias cautelosamente medidas y sabiamente calculadas: a la hora de comer, por ejemplo, en los toros y en el teatro; en parte de la misa, en un alto del paseo, etc. Pues bien, los mortales que abusamos del sedentarismo (sedentario etimológicamente, quiere decir el que está sentado: en una silla de estar, en una silla de montar o en un sillín de bicicleta, que a estos efectos tanto vale), acabamos con la hinchazón de las asentaderas que en recta ley e higiene son —repito— asentaderas para de vez en cuando y no para siempre...

Los médicos hacen terminar en itis los nombres de las enfermedades inflamatorias, y de ahí la “cachitis”, que propongo para bautizar el

título nalgatorio de quienes, por razón de oficio, abusamos de sus resistencias.”

Otro término que crea es el de la “*cirugía pintoresca*”, al hacerse eco de unas noticias periodísticas, en las que se afirmaba que un cirujano yanqui había roto una costilla a un muerto, y éste había resucitado, o el de un combatiente inglés de la guerra del 14, que en un golpe de tos había expulsado una bala que llevaba alojada desde hacía treinta y tantos años en la cabeza. Por este camino de la “*cirugía pintoresca*” se curarían, afirma un burlón Cela,

“los cálculos de la vejiga saltando a la comba y las úlceras de duodeno asomándose a las afueras y sacudiendo al primer trapero con quien se tropiece uno. Sería una ciencia casi esotérica y emparentada, sin duda alguna, con el ocultismo, la nigromancia, el espiritismo, la prestidigitación y el esperanto.”

Su alegoría final no deja lugar a dudas:

“Con los médicos y con los cirujanos pasa algo muy curioso: quizá no sepan mucho, pero sin duda saben mucho, muchísimo más que los que no lo somos oficialmente, aunque tengamos cierta propensión al curanderismo, por la misma razón de principio que tenemos cierta vena de locos y de poetas. Como cada hijo de vecino.”

Otro brillante ejemplo lo tendríamos en su definición de *penicilina*, considerándola no más que “*un bicarbonato un poco ilustrado*”.

Posteriormente, en el transcurso de su obra, vamos a encontrar términos afortunados por la fonética: *cólico cerrado* (“... *se murió de un cólico cerrado, estuvo sin cagar lo menos un mes...*”).

En últimos tramos de su obra, va dejando de aparecer la tuberculosis pulmonar para dejar paso, aunque sin olvidarse nunca de su atracción por la descripción de enfermedades de índole sexual, de enfermedades más acordes, si cabe, con las épocas en las que enmarca la historia narrada. Así, una referencia al infarto de miocardio vemos en *San Camilo 1936*, de 1969, o más frecuentemente al cáncer y sus variedades, en *Memorias, entendimientos y voluntades*, o en *La cruz de San Andrés*.

Pero mención especial merece el caudal narrativo que nos proporciona con dos autopsias detalladas. En el primer caso, y siguiendo

una narración de base histórica, las descripciones que hace de las autopsias del teniente Castillo y de Calvo Sotelo, en el inagotable *San Camilo 1936*, y en el segundo, más completa y precisa, la que nos ofrece al final de *Mazurca para dos muertos*. Esto le lleva a ser nombrado Forense Honorario en 1984, uno de los muchos títulos honoríficos que se le concedieron, pero también uno de los que más orgulloso estaba. Con enorme gracia, se ofrecía a hacerle gratuitamente una autopsia a cualquiera, pues estaba facultado para ello, “pero sin garantizar resultados”.

PATOGRAFÍA DE CAMILO JOSÉ CELA

A lo largo de la vida de nuestro autor, en no demasiadas ocasiones hace plasmar en sus obras sus propias dolencias. Naturalmente, hay una excepción sagrada a esta aseveración, que es la acción (o la inacción) que transcurre en su *Pabellón de reposo*.

Pero podemos hacer un somero viaje a lo largo de su historial médico, que no puede ni pretende ser riguroso en su exactitud, por razones obvias, desde su nacimiento en Iria-Flavia de Galicia, hasta su fallecimiento 85 años después en la Clínica CEMTRO de Madrid.

Sabemos ya que Camilo José nace en 1916 en la aldea de Iria-Flavia, próxima a Santiago de Compostela, donde la tradición quiere que arribara la lancha de piedra que transportaba los restos del Apóstol Santiago el Mayor y sus discípulos, y cuna también de Rosalía de Castro y de Macías El Enamorado. Posiblemente por estos ascendientes le venga su vena poética y su indeclinable amor a la tierra gallega.

Es el primero de seis hermanos. Desde su nacimiento, comienzan una serie de problemas tanto en el recién como en su madre (que no puede criarlo, por lo que debe la familia acudir a los servicios de una nodriza). El niño nace en tan precarias condiciones, que a los dos días se le debe administrar el “agua de socorro”, que, para complicar más las cosas, le origina una grave diarrea. Pero van saliendo adelante la madre y el hijo, pese a que éste va a ir padeciendo todas las enfermedades infantiles posibles, pues es un niño frágil, delgaducho, pálido, mal comedor, y con tendencia a la soledad y a la tristeza. Algunos han querido ver en esto, junto con el inmenso amor que sentía por su madre, tendencias depresivas que iban a ir configurando su carácter.

En cualquier caso, siempre aseguró haber disfrutado de una infancia feliz y dorada. En mi opinión, simplemente se trataba de un niño débil y que tuvo las enfermedades propias de una infancia en una época complicada. Además, consigue superar sin incidencias la famosa gripe del 18, que tantos estragos causó en las tierras gallegas. Sufre, al igual que cualquier niño, caídas y fracturas bien resueltas, si bien en una de ellas fue tal la apariencia de gravedad inicial, que el médico que lo atiende, el doctor Carballido, llega a decir a los padres:

—Vosotros sois jóvenes, y aún podéis tener muchos hijos.

Pero, afortunadamente, en esta como en otras caídas, siempre se consiguió la resolución satisfactoria.

Este niño Camilo José, triste, retraído, tendente a la soledad, vago y mal estudiante, que se pone a llorar cuando le preguntaban qué quería ser de mayor (“*No quería ser nada, ni siquiera mayor*”), padecía frecuentes catarros, y tenía un carácter un tanto atrabiliario y caprichoso. Nada especialmente destacable.

Los diferentes destinos de su padre hacen que la familia lleve una vida itinerante durante su etapa infantil: Iria-Flavia, Tuy, Vigo, Cangas..., hasta que se instalan definitivamente en Madrid cuando Camilo José tiene 9 años (1925). Sigue siendo un mozo alto, delgado y pálido, y sigue siendo un mal e indisciplinado estudiante. En el miserable Madrid de la época, cae víctima de la enfermedad terrible de entonces, y a los quince años (1931) ingresa en el Real Sanatorio de Guadarrama, del doctor Partearroyo. Posteriormente, tras haber participado en la Guerra Civil y haber sufrido heridas por metralla que hacen que tenga que permanecer en un hospital en Logroño, tiene que reingresar nuevamente, y lo hace, a los 26 años (1942), en el Sanatorio de Hoyo de Manzanares, dirigido por el doctor Valdés Lambea.

De aquella época las posibilidades terapéuticas que podían brindarse a los enfermos tuberculosos, no eran más que el reposo, alimentación, y poco más. Pero a nuestro personaje le va a servir esta temporada para la gestación y el argumento de lo que sería su segunda novela, *Pabellón de reposo*. Tendremos tiempo de volver a hablar de ella.

Ese joven delgado, pálido, y tristón, va a ir cambiando su fisonomía, en la madurez, para convertirse en adulto con sobrepeso importante, con episodios bronquíticos recurrentes que no le hacen

dejar el vicio del tabaco hasta los 60 años. Gran aficionado a la comida y a los placeres de una vida intensamente vivida, como ya se dejó escrito, llegó a sobrepasar los 110 kg de peso...

Hay un episodio que resultó especialmente molesto en su recurrencia a lo largo de varios años, y que originó no pocas incomodidades en la vida de Cela. Fue como resultado de una pelea surgida en una sala de fiestas muy famosa en la época, Casablanca, durante la celebración de una fiesta para festejar el contrato fabuloso que había conseguido para la redacción de una novela sobre la tierra venezolana (que luego sería *La catira*). En un momento determinado, se originó una fenomenal pelea, que tuvo como consecuencia, además del juicio posterior, un gran navajazo en el glúteo izquierdo, por culpa del cual sufrió sucesivas intervenciones, más o menos cruentas, de los forúnculos que de forma recurrente se producían en la herida. Le obligó, durante años, a la necesidad de utilizar por temporadas una cámara de neumático para poder aposentarse y dejar la nalga al aire. Esto fue resuelto de forma definitiva por su amigo el doctor Sixto Seco, en su Clínica La Rosaleda de Santiago de Compostela, en 1998, más de cuarenta años después. El final del episodio de la pelea es divertido, y creo que merece la pena dejarlo reseñado: los dueños de Casablanca desistieron en su demanda ante la aclaración por parte del abogado de Cela, de que éste había regresado de la Guerra Civil con dos cosas en el bolsillo: una pistola del calibre 38 y un certificado médico en el que se especificaba que “el portador lleva metralla en la cabeza y no es responsable de sus actos”...

Con el paso del tiempo, hay otro episodio crucial, que a punto estuvo de costarle la vida. Viviendo en Palma, en noviembre de 1988, es intervenido de urgencia en la Clínica Mare Nostrum por una apendicitis aguda. Pero va a precisar una segunda intervención poco después, en enero de 1989, esta vez en la Clínica Ruber de Madrid, por su amigo el doctor José Luis Barros, y en la que sufre la extirpación del sigma y de la vesícula biliar, infectada. El proceso es serio y grave, llega a perder 30 kilos, y se llega a temer por su vida. La intervención de urgencia, en unas condiciones físicas muy deterioradas, hacen que sea preciso el cuidado constante, y eso hace que el hijo esté en permanente alerta al lado del padre, así como su primera mujer, Charo Conde, pero surge otra persona, con la que Camilo José Cela había iniciado una historia de amor casi colegial,

pero muy ilusionante, y que le ayudó, sin duda, a su decisión de continuar resistiendo. Poco después, rompe definitivamente su vida familiar anterior, y comienza otra nueva, con 73 años, y con una mujer cuarenta años más joven, pero que le renueva su ilusión día a día. Con ella vive la magnífica convulsión que representa, pocos meses después, la concesión del Premio Nobel de Literatura (1989), cuando inician su vida en común en Guadalajara.

Dos años después, y tras conseguir la anulación de su primer matrimonio, se casa con Marina Castaño. En la fiesta íntima de celebración, Cela sufre una severa epistaxis, quizá producto de las emociones y sobresaltos propios del día, y es la propia Marina la que lo lleva a una clínica de urgencia.

Cela ahora se cuida más en sus dietas, en sus paseos, en su calidad de vida, más ordenada laboral y socialmente. Andando el tiempo, va a presentar los primeros síntomas de una insuficiencia circulatoria, de una claudicación intermitente que va a hacer limitada su movilidad, lo que no le impide seguir en constante actividad pública, y en constante trabajo. Como él mismo decía, *“no lo iba a jubilar más que la arterioesclerosis”*, y así siguió dando páginas extraordinarias (su última novela, de tan complicada gestación desde la época en la que se le concede el Premio Nobel, y que queda sucesivamente pospuesta, *Madera de boj*, la escribe con 85 años...). Y siguió dando impulso y vida a su Fundación de Padrón. Pero llega a precisar la implantación de un marcapasos, que mejora en gran medida su calidad de vida (*“yo creía que eso de los marcapasos era cosa de maricones, pero resulta que va muy bien”*, me llegó a decir en uno de nuestros encuentros). En los meses anteriores a su fallecimiento, precisa acudir a rehabilitación, precisa paseos diarios por los bosques del Pardo, próximos a su residencia de Puerta de Hierro, pero las dificultades para la deambulación se van haciendo enormes.

Complicaciones de su proceso cardiorrespiratorio lo llevan a ingresar en la Clínica CEMTRO de Madrid, de la mano del doctor Pedro Guillén, amigo al que dedica un delicioso artículo de su serie *“El color de la mañana”*, de ABC: *“Carta a don Pedro”*, pocos días antes de su fallecimiento. Éste se produce en la mañana del 17 de enero de 2002. Al día siguiente es enterrado, cumpliendo su deseo, en el cementerio de Santa María de Adina, a pocos metros de su Fundación, bajo un olivo milenario...

LA FAMILIA DE PASCUAL DUARTE

Es la primera obra que publica Cela, en 1942, aunque ya había escrito un libro de poesía, titulado *Pisando la dudosa luz del día*, que sería editado años después.

Esta primera obra, como ya se dijo, representó una gran conmoción en el mundo literario de la época, así como una especie de motor de arranque para nuevos caminos de expresión. De todas formas, su nacimiento fue dificultoso, pues diversas editoriales se negaron a su publicación, hasta que se hizo definitiva en la imprenta Aldecoa, de Burgos. Posteriormente sufrió prohibiciones y avatares, por ser considerada “contraria a las buenas costumbres”.

Es la confesión íntima de un condenado a muerte, criminal y perverso en su primitivismo. Cela va a utilizar como subterfugio la fórmula del *manuscrito hallado*, como ya habían hecho autores desde Cervantes con el Quijote, y hace aparecer unas cuartillas en una farmacia de Almendralejo, y las hace públicas para que sean “modelo no para imitarlo, sino para huirlo”.

Pascual es un campesino de un pueblo extremeño, que nace en un sórdido ambiente familiar, hijo de una despiadada mujer “*siempre de luto y poca amiga del agua*”, y de un padre alcohólico y agresivo, que va a condicionar de forma definitiva su existencia. Ese padre va a morir víctima de una mordedura de un perro rabioso, precisamente el día que su mujer tiene otro hijo, que nace deficiente, pero por el que Pascual siente una ternura especial, la única que da y recibe en toda su vida, y que fallecerá poco después ahogado en una tinaja de aceite. A medida que avanza la obra se van a ir sucediendo todos los crímenes, por los que va a pagar con el garrote. Primero mata a su yegua, porque provoca la pérdida del hijo que esperaba su mujer, tras una caída. El segundo hijo que tienen fallece antes del primer año de vida, por “*un mal aire traidor*”. Tras regresar de un viaje de dos años en busca de trabajo por Madrid y La Coruña, se encuentra a su mujer embarazada del *Estirao*, y mata a ambos, por lo que cumple una condena de tres años de cárcel. Al regresar, vuelve a casarse, pero sigue conviviendo con su madre, por la que siente un odio que se va multiplicando, hasta que la asesina. Finaliza con una frase terrible al huir tras el forcejeo tremendo con su madre: “*Podía respirar...*”. Cierra el libro con los informes finales del cura y del guardia civil, que confirman y detallan los últimos momentos de Pascual.

Es un texto amargo y salvaje, de pleno en el tremendismo, si bien este término no era del agrado del autor. Un gran drama rural, cargado de violencia. La conducta de Pascual, en su primitivismo, es violenta y regida por impulsos primarios, si bien parece siempre justificar sus acciones cuando las va relatando, como queriendo paliar o justificar su culpa, en un tono entre tímido y tierno, al lado de salvaje y cruel.

Pascual es un personaje antisocial, un enfermo, que se mueve entre la psicopatía y la neurosis, además de ser víctima de una sociedad enferma, injusta y arbitraria, y había nacido en una familia particularmente disfuncional y patógena, el mejor asiento para su agresividad primaria e irracional. Es un desgraciado, además, a quien el destino castiga con rigor y sin motivo, *“esa mala estrella que parece complacerse en acompañarme...”*.

Si aceptamos que la reacción psicológica puede ser de dos formas básicas: primaria, en la que se refleja una acción súbita, inmediata, sobre el terreno, y secundaria, que tiene una acción más reposada y hay un proceso mental previo, podemos ver que Pascual es primario, elemental, tosco, brusco, rústico... salvaje.

Reputados psiquiatras modernos consideran a Pascual Duarte, como un paciente con trastorno explosivo intermitente (F63.8, del DSM-IV), ya que cumple con precisión los tres criterios básicos para el diagnóstico: varios episodios aislados en los que no controla su impulso agresivo, un grado de agresividad desproporcionado con respecto al factor precipitante, y que estos episodios de agresividad no se justifican por la coexistencia de una enfermedad mental o médica.

De cualquier forma, un personaje tan complejo puede ser difícilmente clasificable, aún a la vista de la moderna psiquiatría forense o de la psicología criminal, porque es evidente que tenemos que tratar con un amasijo de datos y de rasgos sugeridos en una obra literaria, es decir, de un personaje literario. Y Cela, que no es psiquiatra, relata “su” personaje haciéndolo comportarse como realmente es. Pero, quizá sin saberlo, logra pinceladas psicopatológicas en el conjunto de la personalidad que conforma Pascual, que hacen las delicias de los estudiosos del comportamiento.

Quizá merecería ser destacado que el manuscrito de este libro, que se conserva en la Fundación Camilo José Cela, de Padrón, había sido regalado en su día a Cossío, y éste, a su fallecimiento, lo había donado a la Diputación de Cantabria junto con toda su biblioteca.

Para recuperarlo, años después, tras dificultosas negociaciones (incluso llegó a llamar “subnormal profundo” a un alto cargo, y, claro es, le pareció mal), Cela rehizo, también a mano y como siempre, los cuaderillos originales, a cambio del manuscrito original.

Así se conserva el original en la Fundación, custodiado con mimo, y a disposición del estudioso que lo precisase. Piénsese por un momento lo que, a lo largo del tiempo, esto va a representar.

PABELLÓN DE REPOSO

Publicada en 1943, primero en forma de “folletón” en *El Español*, muy de la época, y luego en forma de libro, viene a ser la segunda novela de Camilo José Cela, tras *La familia de Pascual Duarte*. El impacto, claro está, es menor. En contraposición a la enorme carga de violencia, de crudeza y de trepidante acción de Pascual, Cela narra aquí la inacción total, al dar cuerpo a un experimento narrativo, en el que prescinde del tiempo, del espacio y del mundo exterior. Un ambiente calmo, sumido en la desesperación. Todos los personajes se mueren, en un plazo breve, y de manera parecida, sin casi poder gritar su angustia, y sin pasar nada en el exterior del sanatorio de antituberculosos, supuestamente de la sierra de Madrid. El mundo sigue “*imposible a la congoja*” (final del libro). Todo aquí es mundo interior, y está presente la enfermedad, constante, y la muerte, representada por el chirriar de la carretilla que transporta el jardinero pelirrojo con los ataúdes atravesados en ella trasladando a los muertos.

Cela utiliza la fórmula de contar en primera persona, como un YO testigo privilegiado, que escribe para alguien. Todos los enfermos, protagonistas sin nombre, sólo son identificados por el número de la habitación que ocupan, dejando de ser lo que eran en el mundo exterior para pasar a ser sólo “enfermos del pecho”. Y todos escriben diarios, a veces clásicos (con fecha, etc.), y otras veces son reflexiones o cartas. Unos van evolucionando, haciéndose más tiernos y reconciliadores, pero con la siempre acechante muerte en su alrededor, como protagonista. Incluso hay un pavoroso censo, citado por uno de los médicos del Centro: “*De 120 enfermos, sólo se han curado completamente 5, y han fallecido 52...*”.

El concepto del tiempo es a veces confuso en esta obra, pues aparecen en el medio de ella unas cartas del propio Cela, narrando la petición que había recibido de suspender la publicación de la obra,

cuando salía como “folletón”, porque podía causar desaliento y desazón entre los enfermos, pero, haciendo caso a su indeclinable libertad creadora, no la interrumpe. Y hace bien, porque así consigue el efecto de aumentar la credibilidad de los personajes, que no son sólo literarios, y que la sociedad de entonces sufre tan próximos. Quizá hubiera sido falsa la existencia de esas cartas, muy bien escritas, y se tratase de otra licencia más, muy del gusto de nuestro autor.

La tuberculosis pulmonar la siente Cela como próxima, ya que en dos ocasiones de su vida precisa el internamiento en centros de la sierra madrileña para su reposo, prácticamente el único remedio conocido, y su restablecimiento. Además del reposo, de la exposición al aire puro y de la sobrealimentación, el tratamiento pasaba por determinadas maniobras quirúrgicas, en determinados casos, muy traumáticas, piénsese en la época.

Como curiosidad histórica, citemos, a modo de ejemplo, en la cura sanatorial, cómo se desarrollaba una jornada normal:

- 7,30 h. Hora de levantarse. Media hora para el aseo personal.
- 8 h. Primer desayuno: café o té con leche, pan con mantequilla, dos tazas de leche.
- 9 a 10,30 h. Cura de aire y reposo en la galería-solarium.
- 10,30 h. Segundo desayuno: pan con mantequilla, huevos frescos, una taza de leche.
- 11 a 13 h. Segunda sesión de cura higiénica en la galería.
- 13 h. Comida: sopa o potaje, entremeses, asado de carne, pescado blanco, legumbres, queso y frutas. Agua y vino como bebidas.
- 14 a 16 h. Cura de reposo (la más importante de todas, ni siquiera se permitía la conversación).
- 16 h. Merienda: pan y mantequilla, taza de leche.
- 16,30 a 18 h. Paseo por los jardines.
- 18 a 19 h. Reposo en la tumbona.
- 19 h. Cena: potaje, ensalada, legumbres, dos platos de carne, compota. Vino como bebida.
- 20 a 21 h. Sesión de reposo.
- 21 h. Una taza de leche con coñac.
- 22 h. Hora de acostarse.

Como se ve, se consideraba muy beneficioso el alcohol, y las dietas tenían alto contenido en proteínas.

Este sería, aproximado, el mundo que tiene que vivir el adolescente Cela en dos ocasiones.

Por tanto, a la hora de hacer una recreación de ese mundo, sabe bien qué decir, y lo hace desde la paralización total del tiempo y del espacio, como realmente era la vida en esos centros. Con la presencia de la enfermedad y de la muerte, a veces convierte la monótona existencia en un auténtico historial clínico, casi como una hoja de evolución clínica:

“Hoy no he tenido... ningún golpe de sangre... La fiebre, sin embargo, sigue alta —mañana, 38,5; mediodía, 38,2; tarde, 37,7-, alta, y lo que parece peor, invertida; como altas siguen las pulsaciones y las respiraciones y la velocidad de sedimentación, que se ha abonado ya a las altas cifras y no hay forma humana de hacerla bajar hasta los escasos números de la salud. Lo único que desciende, y desciende sin parar, es el peso...”

Pero los propios pacientes conocen su enfermedad, y hablan constantemente de ella:

“... El muchacho tiene ganglios y dolor de cabeza...”

Y la describen muy gráficamente:

“...me estrujó contra su pecho, contra su pobre pecho, que sonaba como el líquido de una botella.”

Y conocen los remedios y los medicamentos:

“...la tos se quita con codeína...”

“...ya no me hace efecto el fanodormo. Padezco un insomnio atroz...”

O llegan a citar recetas íntegras de la época, como la que se deja olvidada en la mesa la señorita del 40:

Extracto débil de saúco blanco 50 gr.
 Tintura de Crataegus oyacantha 100 gr.
 Extr. Fluido Pasiflora incar 100 gr.
 Agua 50 c.c.
 Glicerina 250 c.c.
 Jarabe simple Q.S. para un l.
 Dos cucharadas antes de cada comida.

Hace alusión en dos ocasiones, en boca de sus personajes, a la “Monaldi”, intervención consistente en la aspiración endocavitaria mediante punción transparietal, con trocar y bajo control radioscópico, de la caverna, introduciendo a continuación, a través del trocar, una sonda o catéter que se pinzaba durante 24-48 horas, y a continuación se conectaba a un sistema de aspiración continua, intentando mantener así una presión negativa continua durante varios meses.

Digamos, valga el concepto, que era un paso más o una variante del “neumo”, que consistía, y consiste, en la punción directa mediante aguja en la cavidad pleural de aire u otro gas inerte, para intentar conseguir la compresión del parénquima enfermo. A esta técnica, si bien no exenta de riesgos, como el síncope o reflejo pleural, que podría ocasionar la muerte casi inmediata, se le debe un relativamente importante número de salvaciones, hasta el advenimiento de la moderna quimioterapia. El tratamiento tenía que mantenerse a veces durante dos o tres años, para asegurar la curación completa, precisando hacer punciones periódicas. Los pacientes protagonistas de nuestra historia conocen esta técnica:

“Sí; que a mí también me pongan neumo. Volveré de nuevo a la ciudad, volveré de nuevo a la alegría y al jolgorio...”

“Me han iniciado el neumo. Ahora lo que hace falta es que no venga el derrame. Dicen que es relativamente frecuente.”

“Tuvieron que puncionarme en la misma pantalla de rayos, sentada sobre la mesa de neumos. Me pincharon dos veces; la segunda, cuando encontraron la cavidad, creí morir; una sensación como de fuego me invadió el pecho, y un caudaloso sudor casi frío se desprendió de todo mi cuerpo.”

Incluso, en ocasiones, hay un atisbo de esperanza dentro de tanta desesperanza:

“Mi salud marcha muy bien. Ya no tengo por las tardes más que cinco o seis décimas. Creo que dentro de un par de meses podré volver a ésa.”

“-Ayer, ¿no sabe usted?, tuve tres esputos rojos grandes y cinco pequeños. ¿No cree usted que, seguramente, serán de la garganta?”

Esta misma cita se repite, exacta, más adelante, como queriendo significar la recurrencia de esa inacción, representando así ese tiempo

que no pasa, por una parte, y la obsesiva presencia de la enfermedad, por otra.

Pero es más descriptiva, si cabe, la desesperación:

“Ya poco me queda. ¡Bien conozco yo lo que este bienestar significa!”

“...no ceso ni un instante de toser y de escupir sangre. Esto es desesperante...”

“Hoy he tenido tres fuertes hemoptisis. ¡Aún tengo sangre!”

“¿Para qué me ha servido la Monaldi, que tanto me dolió y que tantas estériles horas me tuvo sujeta al aspirador, al “gasógeno”, como le llama irónicamente el dulce 52?”

Y siempre la presencia de la muerte, a veces dando detalles técnicos insuperables en precisión:

“Ayer ha muerto el pobre muchacho del 14. Mala cosa; neumo bilateral, con fuerte exudado purulento; una siembra extensa en todo el pulmón derecho; uno de los muchos casos de freni fracasada; desviación del mediastino. No tuvo suerte. Quizás una plastia a tiempo le hubiera ahorrado mucho sufrimiento. Quizás le hubiera matado. También habría dejado de sufrir.”

“La muerte no es espanto; es alivio tan sólo. Y el no poder vivir es desalivio y lucha que se pierde.”

“La muerte es dulce, pero su antesala, cruel.”

Y esa muerte representada en la terrible imagen de la carretilla..., y que sirve de cierre del libro:

“Cruzado sobre la carretilla, saliendo por los lados, el atúd parece, entre las sombras de la noche, un viejo tronco de encina derribado por el rayo. Dentro, un hombre muerto.”

La tuberculosis pulmonar es un tema recurrente y frecuente en el conjunto de la obra de Cela, además de haber sido fuente de inspiración literaria para importantes autores. Al igual, históricamente, que Alejandro Dumas, hijo, con “La dama de las camelias” (1848), o Thomas Mann con “La montaña mágica” (1924). Cela puede hablar en primera persona, puesto que él mismo, como dijimos, sufre la enfermedad. No en dos ocasiones, como erróneamente interpreta el propio Cela en un artículo de su libro *El camaleón soltero*, al afirmar que sufre “dos tisis”, sino que en realidad debieron ser dos épocas bacilíferas activas de la misma enfermedad.

* * *

Con respecto a este *Pabellón de reposo*, me parece de sumo interés destacar que es el único libro de Cela cuyo original manuscrito no se conserva en su Fundación de Iria-Flavia. Cela escribía siempre a mano, con letra minúscula pero asombrosamente invariable con el paso de los años, huyendo de las modernas tecnologías, que no le interesaban. Ya se narraron los avatares sufridos por el manuscrito de *La familia de Pascual Duarte*. Pues bien, en este caso no se puede hablar de final feliz, puesto que el manuscrito no ha aparecido. En su día, Cela se lo regaló a su buen amigo el doctor Marañón, pero, a la muerte de éste, el ejemplar fue extraviado en su testamentaría, y su búsqueda ha resultado infructuosa. Pese a las frecuentes peticiones desde distintos trabajos del propio perseverante Cela, no se ha podido recuperar, y se desconoce su paradero.

LA COLMENA

Se tiene por la obra maestra de su autor, y una de las más importantes del siglo XX.

Publicada en 1951, en Buenos Aires, por sus dificultades ante la censura de la época, es producto de varios años de laboriosa redacción, múltiples variaciones y depuraciones por parte del autor, que en su afán perfeccionista tardó en definir el modelo preciso de su obra, hasta su confección definitiva.

Es una visión caleidoscópica de casi tres días del Madrid de la posguerra, con cientos de personajes efímeros. No hace crítica social, pero su retrato de la sociedad es definitivo: miserias de la vida cotidiana, con hormiguelo de personajes cuyas vidas quedan como a medias, sin mayores precisiones, pero que se van sucediendo de forma incesante, creciendo en un conjunto, donde la presencia constante del hambre, del sexo, de la miseria cotidiana, es el denominador común del, quizá, personaje único: la ciudad de Madrid, como ser vivo de gentes “que a veces son felices y otras no”.

Ha sido definida como “prodigioso mecanismo de relojería novelesca”, extendiéndose desde el círculo inicial que va a representar el café de doña Rosa, apareciendo y desapareciendo todos los minúsculos personajes que van a ir dando cuerpo y coherencia al conjunto.

En este carrusel de la vida, está muy presente la alusión a la medicina y a la enfermedad, en el marco del tiempo que narra, como una de las preocupaciones de esa, a veces, miserable subsistencia.

Sigue siendo, no podría ser de otra forma, un poeta:

“...en estas tardes, el corazón del café late como el de un enfermo, sin compás...”

Aunqu sin dejar de lado la alusión entre tierna y cruel,

“...del pobre Paquito, de la cara de bobo que se le puso con la meningitis...”

Pone en boca de algunos de sus más de trescientos personajes, sentencias a veces pintorescas, sobre la materia que nos ocupa. Ahí van unas muestras:

“El bicarbonato es bueno, no hace daño alguno. Lo que pasa es que los médicos no lo pueden recetar porque para que le den bicarbonato nadie va al médico”.

“El abuso del alcohol es malo para las moléculas del cuerpo humano, que son, como ya le dije alguna vez, de tres clases: moléculas sanguíneas, moléculas musculares y moléculas nerviosas, porque las quema y las echa a perder”

“...de adolescente tuvo algún trastorno en su organismo, más bien unas purgaciones, por andarse de picos pardos sin ser listo ni limpio...Se las fue curando poco a poco con sales de mercurio en el retrete del casino”.

Entresacamos a dos de sus personajes, uno de ellos el doctor don Francisco Robles (“*Dr. Francisco Robles. Tuberculosis, pulmón y corazón. Rayos X. Piel, venéreas, sífilis. Tratamiento de hemorroides por electrocoagulación. Consulta, 5 ptas.*”), extravagante personaje, escéptico y displicente ante el avance de la farmacopea:

“Día llegará —piensa— en que los médicos estaremos de más, en que en las boticas habrá unas listas de píldoras y los enfermos se recetarán solos”.

Y la infeliz Victorita, que tiene que venderse para poder costear el tratamiento de su novio, y piensa:

“Los tísicos pobres pringan; los tísicos ricos, si no se curan del todo, por lo menos se van bandeando, se van defendiendo”.

En “Historia incompleta de unas páginas zarandeadas”, publicado como prólogo aclaratorio a ediciones posteriores a 1965, el propio don Camilo narra un episodio sufrido en sus propias carnes, con motivo de un tratamiento para las anginas, unos supositorios prescritos por el doctor Mariano Moreno. Fueron su “iniciación a la terapéutica por vía anal”, y cuenta cómo “rascaba” su primer supositorio, al habérselo introducido con el papel de plata...

MRS. CALDWELL HABLA CON SU HIJO

Es la quinta novela de Cela, y ve la luz en 1953. Nuevamente logra una semántica vanguardista, al narrar la historia de una relación alienada entre las cartas que la protagonista, a la vez personaje y autora del texto, escribe a su hijo muerto. En ellas se ha querido ver una manifestación patológica del amor, que rozaría lo incestuoso. Quizá no sea más que el resultado de un dolor que deja a la mujer expresar sentimientos encontrados: nostalgia, agresividad, compasión, y a veces sentencias moralistas o pseudofilosóficas... La historia es clara y absurda al mismo tiempo. Hay una voz lírica, que fantasea, y a veces no sabemos bien si lo hace escribiendo o simplemente dejando manifestarse al pensamiento de sus monólogos interiores. Puede hacer complicar más el estudio la parte final del libro, pues consiste, como el propio autor las titula, en unas “Cartas desde el Real Hospital de Lunáticos”. Es decir, que el texto ya va a pasar de lo que se podría considerar un diálogo mental, a algo tangible.

Esas páginas en recuerdo “de su adorado hijo Eliacim”, a veces sorprenden por su carga erótica:

“Hijo, baila conmigo este tango, llévame bien apretada contra ti, y canturrea por lo bajo esta letra repugnante que me devuelve la juventud y me llena el pecho de malas intenciones.”

Aún se siente joven:

“Tu madre todavía no está en edad de quedarse sola...”

Y sin culpa:

“Seguramente habrá en el mundo, e incluso en nuestra propia ciudad, gentes innobles que no creerán en la pureza de mi pensamiento. Nada me importa...”

Y sin culpa, y erótica:

“Recuerdo... que cuando yo me vestía y me desnudaba ante la fotografía de fin de carrera en la que ya estabas hecho un hombre, tú siempre torcías un poco el gesto al ver, sobre mi blanca piel, mi ropa interior de seda negra. Para haber muerto tan joven, hijo, podías haberte permitido ciertas faltas de respeto que yo jamás te hubiera echado en cara.”

Y sin culpa, y erótica, barrunta el Edipo de su hijo, y se ofrece para asumir la “culpa” de él:

“Yo he sido, hijo, la única culpable de tu timidez. Amaste mucho todo lo que yo te enseñé a amar, y te sobrecogió la idea de seguir amando. Yo pude haberlo sospechado.”

Más muestras de erótico deseo hacia el hijo:

“...a los hijos los tenemos sólo las madres, que os albergamos, siempre con nuestros propios pensamientos, arropados en todo un cúmulo de violentos y fecundos amores inconfesables.”

“Yo amo la baraja española... vivero inagotable de sugerencias, todas ellas acogedoras, acariciadoras y amistosas...tú nunca sentiste gran atracción por la baraja española... verdaderamente tú has sido un muchacho escasamente precoz en tu desarrollo glandular.”

“Quisiera ser sucio pulpo del abismo, hijo mío, para poder abrazarte, para poder decirte al oído: ahora ya no te podrás escapar jamás... Y también quisiera poder gustarte un poco.”

Después, como antes dijimos, viene la nostalgia:

“Me gustaría haber empezado, cuando todavía era joven... una bien ordenada colección de florecillas campesinas... ahora que estoy tan sola, me pasaría las horas muertas delante de mi colección... pero no me acordé a tiempo.”

“Pido perdón por no haber sabido hacer de ti un animal en libertad...”

Y siempre con la proclamación del amor inalcanzable:

“No es como un ángel como yo te quiero, hijo mío... es de una manera mucho más sencilla e imposible.”

“Sobre las arenas del desierto, Eliacim, te hubiera amado con descoco, con valentía, como no me atreví a amarte en nuestra ciudad...”

Uno de los párrafos de mayor carga:

“Cuando tú eras niño, Eliacim, yo te perfumaba siempre con rosa, con jazmín o con violeta, según lo que quisiera imaginarme que conseguía de ti. La rosa la usaba para encanallar tu mirada, hijo mío; el jazmín, para disfrazarte de despechado amante; la violeta, para no saber nunca que te habrías de negar, con tu obstinada reiteración, a las más insobornables sonrisas de tu madre.”

Próximo al final, y antes del sorprendente giro que toman los acontecimientos al verlos tratados desde este punto de vista, va a aparecer nuevamente la enfermedad tuberculosa, tantas veces citada por nuestro autor:

“Hijo mío, en la almohada de tu madre aparece, todas las mañanas, una mancha de sangre... ya he ido familiarizándome con la idea de que no he de vivir muchos inútiles años sin objeto.”

Casi en el delirio final, roza la enajenación, al narrar la compra de un muñeco en un bazar:

“...opté por uno que se parecía al dependiente... me miró, poniéndose debajo de la luz para que pudiera reconocerlo bien, y no pude contener un grito. Me caí al suelo, se arremolinó la gente y me trajeron un vaso de agua. ¡Mi hijo, mi hijo, acabo de ver a mi hijo Eliacim!... Yo empecé a perder peso y peso, hijo mío, y acabé por convertirme en una paloma sin ojos...”

De nuevo entra en escena la tuberculosis pulmonar:

“Dentro del frío corazón de las esculturas de los jardines, hijo mío, duermen, por el invierno, las ranas indigentes, las ranas sin hogar. Me lo dijo un radiólogo checo, Eliacim, un verdadero sabio especializado en obtener radiografías de esculturas, hijo mío, el hombre que descubrió que el Pensador, de Rodin, tenía una cavidad en el hilio izquierdo.”

A veces, incluso, se permite unas páginas de verdadero humor, y para ello acudimos al capítulo 158, que lleva por título “La Liga de los Bacilos Ácido-Resistentes”, LIBAR, narrando su II Asamblea, y cuyo único punto del orden del día era “El exterminio de la especie

humana, jalón necesario para la conquista del poder”. Estas sesiones se celebraban en los pulmones de Herr Augustus Friedenbergr, que quiso acabar con la Asamblea acudiendo al rimifón, a la estreptomina y al neumotórax, pero sin éxito. Reproduzcamos otro párrafo:

“El género humano para la LIBAR, se divide, a efectos de exterminio, en tres grupos, A, B y C. Al A pertenecen aquellas personas a quienes conviene eliminar cuanto antes (médicos, químicos, filántropos, etc); al B, los seres humanos cuya destrucción no debe ser desaprovechada si se presentan circunstancias propicias (farmacéuticos, arquitectos, etc), y al C, aquellos otros que, por diversas causas, conviene reservar hasta el final (políticos, estrategas, fabricantes de armas, etcétera)”

Por último, en este pormenorizado análisis de un personaje celiano quizá poco estudiado por la crítica, pero interesantísimo en su potencial psicológico, por sus variados registros, llama la atención, en el cierre del libro, esa última parte a la que se hizo referencia: las “Cartas desde el Real Hospital de Lunáticos”. Es el inevitable triunfo de la muerte, configurándose un desfile de los cuatro elementos vitales:

—el AIRE:

“Tengo la habitación llena de aire, amor mío..., que me induce a pasarme todo el día tumbada encima de la cama, esperándote.”

—la TIERRA:

“Tengo la habitación llena de tierra, amor mío...y cuando la tierra llenase toda la habitación, nos moriríamos los dos, amor mío, abrazados definitivamente.”

—el FUEGO:

“No me asustó nada, amor mío, ver mi habitación llena de fuego...incluso llegué a sentir un dulce y placentero bienestar...para complacerte, amor, estuve todo el día vistiéndome y desnudándome...pero aunque sé que el fuego de mi habitación es devastador y maldito, amor mío, y de la misma substancia que el fuego del infierno, me siento muy dichosa de saberte testigo de él, excepcional y apasionado testigo de él.”

—el AGUA:

“No puedo con el agua que cae del techo... el agua es algo que me atenaza, algo que me ahoga, algo que quisiera apartar de mí, amor mío, algo que quisiera también haber apartado de ti cuando todavía era tiempo.”

Final terrible, más si sabemos, por alguna referencia muy aislada, que la muerte de Eliacim fue por ahogamiento.

“La sed es palabra que no debiera pronunciar ante ti, que estás sediento entre tanta agua...”

“...estás muerto y más que muerto, yo lo sé, muerto con todos tus compañeros del Furious, muerto en el verde y rojo fondo de la mar...”

LA CATIRA

Publicada en 1955, es una novela quizá poco conocida, comparándola con las otras. Surge gracias al contrato que firma con el entonces presidente de Venezuela, el dictador Pérez Jiménez, que necesitaba, para conseguir una buena imagen pública, una novela sobre el llano venezolano. En la terna inicial, entre Hemingway, Albert Camus y Cela, es éste el que resulta elegido. Cela ya era conocido en el continente americano, pues había pasado temporadas dando conferencias y dando a conocer sus primeras producciones.

Este contrato va a proporcionarle, además, un cambio radical en su vida. La cuantía, de 3 millones de pesetas de la época, permite una tranquilidad económica para la familia Cela, que vivía fundamentalmente de sus colaboraciones periodísticas, y a veces de forma muy ajustada. Van a trasladarse, para su redacción, en el retiro y la tranquilidad que le proporciona un sitio alejado como es Mallorca, sin saber que se iba a convertir en residencia fija por muchos años. Tarda casi un año en su elaboración, entre febrero y septiembre de 1954, y consigue, después del *Pascual* (1942) y de *La colmena* (1951), en las que recoge una distorsión de la realidad (o una realidad distorsionada), volver a la realidad. Pero no la de la sociedad española, sino la de la venezolana. Con ella va a conseguir el Premio de la Crítica.

Consigue reformular la novela regionalista hispanoamericana, con una patente verosimilitud de un argumento interpretado, nuevamente, de forma personal. Pero una novela no va a ser mejor por registrar la realidad, sino por el interés que tiene el proceso de reelaboración creativa, con un universo que siempre va a colocar a la palabra y al lenguaje como personajes claves. Esa epopeya prodigiosa le va a representar un formidable trabajo de titanes, que debe imprescindiblemente ser soportado con el diccionario de venezolanismos que aporta.

Aparte del proyecto cultural que representa, creo que se debe destacar la naturaleza y el carácter de su personaje central, la catira Pipía Sánchez, y su perversa sexualidad. Es un canto a la tierra venezolana, descrita con pinceladas impresionistas, destacando con violencia y desgracia el triunfo de la madre tierra y de la Naturaleza.

Pipía Sánchez, la catira, es una mujer de lucha, que sufre la pérdida de su marido por un conflicto en la posesión de unas tierras. Con mano firme y decisión, queda sola al frente de sus haciendas, y asume un comportamiento progresivamente masculino. Con el paso del tiempo, vuelve a casarse, tiene un hijo, pero vuelve a enviudar y pierde a ese hijo. Con él, pierde la esperanza, pero, con fortaleza, acepta ese nuevo revés del destino, y se queda sola, afirmando su devoción por la tierra y por la naturaleza, sin aceptar vender sus dominios, porque piensa que la tierra no es suya: es de la sangre que costó la paz que, al fin, reina en ella. Se va “barbarizando”, porque ella misma “es” la naturaleza. Es una mezcla terrible de dulzura y férrea mano, mezcla de amor trágico y desgraciado, y mezcla de carácter indómito y resistencia a la muerte. La figura femenina conserva lo primitivo y bárbaro, pero también lo más puro.

Es un tema recurrente en la novela regionalista la violenta sexualidad, predominando lo perverso, casi lo “antinatura”. Ese es el elemento que marca y justifica todo. Los nudos de conflictos para la supervivencia condicionan los rasgos negativos de los personajes, como el caporal, Aquiles Valles, homosexual, fiero, asesino, incluso mórbido necrófilo, que tiene un final trágico: devorado, junto a su caballo, por las pirañas.

El mensaje puede ser intentar conservar la imposible paz, pero siempre bajo el valor principal del poder de la tierra. La vida pasa, los hombres mueren, sin más.

“La tierra queda. La tierra queda. La tierra queda siempre. Aunque los ríos se agolpen. Aunque los cielos lloren, durante días y días. Aunque los alzamientos ardan. Aunque los hombres mueran.”

En la real irrealidad del llano venezolano, Cela hace desfilar historias, fábulas de brujas y aparecidos... religión salvaje y primitiva.

No faltan en esta obra algunos toques de humor, que pueden venir representados en determinados nombres extraños e inverosí-

miles. Ya es famosa la afición de Cela por el Santoral, pero la aparición de Telefoníasinhilos de Vásquez R., y sus seis hijos: Sesquicentenario del Lago, Helicóptero y Supereterodino —de su primer esposo, Libertad de Asociación Gutiérrez—, y Tucán, Televisa y Penicilina —del segundo—.

ÓNCE CUENTOS DE FÚTBOL

Es un conjunto de once relatos breves, escritos teniendo como apoyo documental los dibujos de su colaborador José Sáinz, alias Pepe, a la sazón de 8 años de edad, cuando se publica en una preciosa edición por la Biblioteca Nacional, en 1963.

Se trata de un entretenido, y muy divertido, divertimento que Cela hace sobre el mundo del fútbol, y en donde se narran episodios que encajan en el tema que nos ocupa. Así, vemos la presencia de enfermedades, enfermos o remedios, que convendría señalar, en un ambiente humorístico muy del gusto de Cela, en el que se llega a alcanzar momentos de hilaridad insuperable:

“Don Teopempo Luarca Novillejo, alias Pichón, es naviero, rotario, esclavista y diabético.”

“... se muere a chorros... se conoce que de la enfermedad, le brotó un bubón en la cabeza del tamaño de un balón de reglamento (de 67 a 71 cms. de circunferencia, y de 370 a 425 gramos de peso). El médico, cuando fue a verlo, dijo: ¡Huy, qué bubón más raro!, y se marchó sin recetarle ni cataplasmas, ni baños de asiento, ni nada.”

“... le vigila los índices y niveles de la glucosuria...”

Naturalmente, la presencia de la muerte, si bien en este libro es tratada con humor:

“A Hermelando lo mataron de un balonazo en el sensible corazón... mientras llega o no llega, con un alguacil, su acedia y un puro, el señor juez,...el guardia Fótides cuida, según reglamento, de que los merodeadores no desvalijen el cadáver, ni los lobos se lleven, de recuerdo, el balón homicida.”

“A la muerte, según ya es sabido, le pasa lo que al comodín del póker, que se presenta cuando la da la gana y sin avisar.”

Y conviene asimismo señalar determinados remedios:

“... se alimentaba de miñocas de la tierra, para conservarse eternamente joven, y no bebía más que leche de burra aromada con tres arañitas de canela de Ceilán: una para convocar a los malos pensamientos, otra para que se le despertasen los latidos del gusto, y la tercera para eventualidades e imprevistos.”

“—¿Me da usted un vasito de sifón, para el flato?”

“... se conoce que a efectos del ceregumil...”

“... le prepara ponches de jerez y huevos batidos (con mucho azúcar) para que mejor y con más puntería le pegue a la pelota...”

Pero merece la pena la lectura de este divertido libro, quizá, hablando estrictamente, el único que Cela dedica al mundo del deporte, si bien dándole un tratamiento y un enfoque un tanto surrealista y esperpéntico.

SAN CAMILO 1936

Publicada en 1969, su título completo es mucho más largo: *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid*.

Es una visión caleidoscópica de los días que rodean al estallido de la Guerra Civil en Madrid. Lo hace mediante constantes referencias como medio de recreación de ambientes, intercalando sucesos ocurridos realmente con personajes efímeros, a veces absurdos y extravagantes, mezclando hechos históricos al lado de hechos intrahistóricos de personajes, ficticios o reales. Hay evidencia de similitudes entre los sucesos narrados cronológicamente, con el registro memorialístico de lo vivido, con la vida del propio Cela, que se vacía para reescribirse en el texto, con su arraigado e indeclinable compromiso con la realidad, con la realidad individual e histórica.

Desde su publicación se han venido sucediendo críticas muy positivas al lado de otras muy negativas.

En cuanto a su estructura, llama la atención la ausencia de puntuación, y la sucesiva y vertiginosa aparición de hechos y personajes, pinceladas constantes, que el propio lector debe encuadrar. Párrafos de gran intensidad se entremezclan con otros de gran jocosidad, estando el sexo muy presente. Llegó a ser denominada “tobogán prostibulario”, para subrayar la abundancia de burdeles y de derroche de

sexualidad. Cela escribe esta obra haciendo una especie de transposición del joven que en la época narrada él era, de 20 años, y con un abrupto despertar a una sexualidad que siempre fue muy frecuente referencia dentro del conjunto de su obra. Técnicamente, marca la culminación de su estilo propio, y recuerda mucho a su novelística anterior. Sigue siendo una especie de “autodiálogo” entre el narrador, el yo que habla y que a veces parece que es más de uno, a su otro yo. Cela siempre concede a ese narrador la libertad total, para recrearse en esa sensación de caos y de violencia que se va generando, pero siempre dentro de un gran lirismo y expresividad.

Vamos a encontrar en esta obra múltiples referencias a la enfermedad y a la muerte. En concreto, como se acaba de señalar, las de índole sexual:

“... una de estas francesas le pegó unas purgaciones de pronóstico...”
 “... desde aquella blenorragia memorable no volvió a ir de golfas sin condón...”
 “... el padre de Paquito está lleno de manías y no sirve para trabajar, lo más probable es que sea la sífilis...”
 “... hay gente muy distinguida que cuando tiene sarna dice tengo una ligera picazón, ¡sí, sí, picazón!, ¡lo que tiene usted es un sarnazo que no se lame!, le conviene ir a confesarse cuanto antes, debe evitar que la sarna empiece a comerle la conciencia, después tiene todo peor arreglo...”
 “A Guillermo Zabalegui su tía Mimí le pegó unas ladillas como nécoras... las ladillas no producen enfermedad, pero pican como si la produjeran, pican un horror.”

Para ellas, intercala en el texto muchos remedios y anuncios de la época:

“... ¿sufre usted alguna enfermedad de la orina?, pruebe jugo de plantas Boston y deseche todas sus preocupaciones... catarros agudos y crónicos en la vejiga, inflamación de la próstata, retención de la orina y necesidad frecuente y anormal de orinar, dolor de riñones y bajo vientre, inflamaciones agudas y crónicas, estrecheces de la uretra, blenorragia aguda o crónica, gota militar, arenillas, mal de piedra y orinas turbias, etc...”
 “... sufrió lo indecible con las cauterizaciones de platino iridiado, ¡qué lujo!, al rojo vivo y con el masaje prostático electromagnético (fórmula registrada) por vía anal, la cosa parece medio ridícula pero hay que pasarla para saber lo que es bueno, ¡ni al peor enemigo se le puede desear!, ¡qué horror!, ¡qué forma de ver las estrellas!”

“... higiene íntima de la mujer, tratamiento medicinal preventivo y curativo, tónico y bactericida, antisepsia completa contiene el Sobre Verde, una irrigación vaginal oxigenada, precio, 30 céntimos, venta en farmacias...”

“Erotyl, juventud eterna, específico de la astenia genital (impotencia), el más poderoso elaborador y regenerador de la actividad neuro-espinomédico-genital, venta en farmacias, precio 21,75 pts.,...”

“... irrigaciones vaginales Cuprolina, venta en farmacias, disuélvase el contenido de la bolsita en un litro de agua...”

“... consigue quitarse las ladillas a fuerza de aceite Brujo, este preparado tiene la ventaja de que no mancha siendo al mismo tiempo su olor muy agradable, es de fácil empleo y de acción rápida y segura matando instantáneamente el parásito y haciendo desaparecer desde la primera fricción el picor que tanto molesta, preparado según fórmula del farmacéutico Pérez Giménez en su laboratorio de Aguilar de la Frontera...”

“... lávele usted las partes con sublimado al medio por mil, apunte bien, y aplíquese unos apósitos de permanganato...”

“... Ladillol, destruye radicalmente los pedículos del pubis, Laboratorios Orzán, S.A., La Coruña...”

Si aparecen cientos de personajes, con sus nombres y apellidos, con mayor o menor protagonismo, en apariciones súbitas aisladas o recurrentes, muy del propio estilo celiano, adquiere simpática presencia, por su hilarante mote, uno de ellos:

“A Victoriano Palomo Valdés le dicen Gonococo por el oficio de la suegra, bueno, le llaman así, pero la verdad es que a él no se lo dicen, ¡hace falta mucho valor para decirle a nadie Gonococo en sus propios morros!”

“... la Leonorcita es cachonda fotófoba, cachonda a oscuras, cada cual da suelta a sus inclinaciones donde y cuando le da la gana...”

Sigue presente la patología respiratoria, tan protagonista en los primeros años del escritor, en sí mismo y en la época que le tocó vivir:

“... a las tísicas, su padre el señor Asterio Cuevillas no las deja salir de noche pero no por miedo a que se acatarren sino a que se las desgracien, estas dos hijas me han salido tan pendonas como mi cuñada Rafela...”

“... tú no eres más que un pobre diablo minado por el bacilo de Koch y la lujuria... si estuvieras rodeado de caras alegres pronto se te curaría la tuberculosis... el solitario y triste acaba lujurioso, tísico y poeta...”

“... la tuberculosis es más difícil de curar, hay que ser rico, paciente y capón o al menos casto y virtuoso, las medicinas son caras, hay que estar

tumbado panza arriba sin moverse, hay que atarse un nudo en los clementes cojones insaciables y renunciar al triunfo... la tuberculosis sirve para dar interés a la muerte pero sobre todo para componer poesías y para ver el lado bueno de las cosas...”

“... el aire que viene de la sierra y del monte del Pardo es bueno para asmáticos, catarrosos, bronquíticos, pleuríticos, tísicos y demás enfermos de las vías respiratorias...”

“... esto del ciclismo tiene que ser un deporte agotador, lo raro es que no acaben todos tísicos y echando sangre por la boca...”

Y sus remedios, con base científica, o recurriendo a los anuncios de la época, siempre intercalados en el texto, formando un cuerpo con el mismo:

“... debilidad, agotamiento, anemia, vino y jarabe Desciñes a la hemoglobina...”

“... almorranas-varices-úlceras, clínica Dr. Illanes, la más antigua de la especialidad...”

“... ¡señoras, señoritas!, la regularidad de vuestros períodos la lograréis con las célebres píldoras Fortan, ¿padece usted del estómago?, por antiguo y rebelde que sea su mal le devolverá la salud y el bienestar la antigua y verdadera tisana de San Bruno...”

“... el médico le manda agua de Carabaña para la indigestión y compresas de ácido pícrico para las nalgas, tuvo usted suerte, amigo, de que no le interesase el escroto ni el tejido testicular...”

“... con la señora de Parreño fallaron todas las terapéuticas, le dieron la cura 15 del abate Hamón y siguió sin respirar, tomó hipofosfitos Salud —y hasta granular Vitefosfor que según dicen es más fuerte— y no se le abrieron las ganas de comer ni se le quitaron los dolores de piernas, durante un mes le estuvieron echando en la sopa dos cucharadas grandes de carne líquida del doctor Valdés García y no ganó ni un solo gramo de peso, el vino de Vial no le tonifica y las pastillas del doctor Andreu no le quitan la tos, a lo mejor llevándola al balneario de Panticosa se arreglaba un poco...”

“... toman triscalcine y ferroquina Bisleri pero no se les nota, cada día están más escarridas y con más ojeras...”

“... se conoce que de la excitación, le da ardor de estómago, ¡el bicarbonato, coño!, ¿no le he dicho a usted que quiero el bicarbonato encima de la mesa?...”

“... fajas de caucholina Madame X para adelgazar, modelos especiales para ptosis, para después del parto, fajas para bien vestir, señora, no olvide que imitadores hay muchos pero Madame X sólo hay una...”

140 *La medicina en la novelística de Camilo José Cela*

“Ceregumil Fernández, alimento vegetariano completo, insustituible en las intolerancias gástricas y afecciones intestinales, Fernández y Canivell, Málaga...”

“... en ocho días desaparecen las canas usando aceite vegetal Mexicano (perfumado), fabricante José Beltrami, avenida del 14 de abril 566, Barcelona...”

“... a la Engracia no se le quitó la fiebre con la aspirina...”

En esta obra sigue constante, por tanto, la presencia de la enfermedad, de las miserias y de la muerte, entremezclada entre la propia vida y la supervivencia. Pero hay aquí una gran cantidad de lirismo, dentro de estos aspectos trágicos o sórdidos. El epílogo que cierra el libro es definitivamente claro:

“... la muerte no es una posibilidad, es una certeza que puede precipitarse pero no es una posibilidad, la vida en cambio es una posibilidad, sólo una posibilidad y no una certeza...”

“... si no esperamos la muerte con esperanza, ¿cómo vamos a creer en la vida?...”

“... debemos mirar el porvenir con esperanza, nadie puede quitarnos la esperanza, no quiere decirse pero la esperanza es como un cascabel que espanta a la muerte, como una flauta mágica que ahuyenta a la muerte...”

“... hay muchos negros y se mueren de lepra o devorados por los leones, hay muchos chinos y se mueren de hambre y de cólera morbo, no se pueden contar sin haberlos conocido antes y nosotros los desconocemos, el mundo está lleno de desconocidos pero son todos diferentes, te aseguro que son todos diferentes, cada uno tiene su dolor y su gozo, a veces minúsculo, y cuando nace o se muere no pasa nada, eso es cierto, pero nace o se muere una esperanza y una decepción... sí se pueden contar, lo que pasa es que no sabemos...”

MAZURCA PARA DOS MUERTOS

Es la obra que dedica a la Galicia del interior, la Galicia sórdida, a veces ruin, a veces descarnada, en su primitivismo. Se publica en 1983, y pronto se va a convertir en un nuevo espaldarazo y en una nueva cima del conjunto de su obra. Si durante años el nombre de Cela estuvo en la quiniela del Nobel, a decir de muchos éste será el empujón definitivo. Es antológico el arranque del libro:

“Llueve mansamente y sin parar, llueve sin ganas pero con una infinita paciencia, como toda la vida, llueve sobre la tierra, que es del mismo color del cielo, entre blando verde y blando gris ceniciento, y la raya del monte lleva ya mucho tiempo borrada... Llueve como toda la vida y como toda la muerte, llueve como en la guerra y en la paz, da gusto ver llover sin que se sienta el fin, a lo mejor la lluvia es el fin de la vida, llueve a Dios dar, como antes de que se inventara el sol, llueve con monotonía pero también con misericordia, llueve sin que el cielo se harte de llover y llover...”

Ya nos anuncia lo que nos ofrece: un libro lleno de música, de lirismo y de poesía. Es el verdadero poema en prosa de Galicia, donde nos importa más el cómo que el qué, cómo se cuentan las cosas que las cosas que se cuentan. Cela nos va a contar muchas cosas, de forma musicalmente reiterativa, girando sus anécdotas sobre el pivote central de muertes y venganzas. La narración, una vez más, no es lineal, sino envolvente, mezclando hechos pasados con recientes, historias secundarias con la principal, y todo ello contado por varias voces. No importa si algo se ha repetido o no, o si algo no queda lo suficientemente enmarcado en el texto, porque lo que prepondera, en este carrusel de la memoria incesante y caprichosa, es el conjunto y la magia de las palabras que lo constituyen. La novela se deja llevar por la palabra y por el lenguaje, que es así generador de contenidos y de musicalidades. Cela no se preocupa demasiado por conformar un argumento, porque piensa que la novela es un reflejo de la vida, y la vida, como tal, “no tiene argumento”, sino que es, en palabras de Azorín, “diversa, multiforme, ondulante, contradictoria... todo menos simétrica, geométrica, rígida, como aparece en las novelas.”

Había ensayado esta fórmula con *La colmena*, la novela de todo Madrid pero *al mismo tiempo*. La repite en *San Camilo 1936*, en donde el entrecruzamiento de tantas historias llega al paroxismo literario, y lo hace, más lírica e íntima, también en *Oficio de tinieblas 5*. En *Mazurca*, la espiral narrativa nos hace avanzar en el ambiente y en el clima que recrea, de forma fascinante. El largo y vistoso anecdotario, impregnado de perfume gallego, deja ver el gusto de nuestro autor por el relato oral, con un lenguaje sencillo y cotidiano, además de los valores cómicos y simbólicos de sus personajes.

Su relación con Galicia es estrecha y evidente, desde la musicalidad de la lluvia y del paisaje, consiguiendo un brillante hilo conductor con la caracterización del paisanaje.

Su acción transcurre en la Galicia del interior, durante la Guerra Civil española, y narra episodios desde la muerte de Afouto, en noviembre del 36, y la de Moucho, su asesino, en enero del 40. Probablemente sea la novela más densa, más hermosa y a la vez más amarga sobre aquella guerra. Es el dominio de la envidia, ese pecado capital tan nuestro, desbordado en la pasión que va a suponer su transformación en odio y destrucción de la razón, pero en tono lírico.

“La mayor parte de la gente lleva dentro un traidor, eso tampoco importa demasiado porque es una característica del hombre, una característica conocida, basta con saberlo...”

“Es la ley de la tierra, y algún desgraciado se la está saltando, por estos montes no se puede matar de balde, por aquí el que mata, muere, a veces tarda un poco pero muere, ¡vaya si muere!”

“—¿Por qué el hombre será bestia tan desasosegada y nerviosa? Eso debe ser por la influencia del demonio.”

Y es, al mismo tiempo, la plasmación con lenguaje propio de lo que se va deteriorando la convivencia cuando se mezclan pasiones encontradas, pero dentro del primitivismo, a veces sórdido, como una aceptación tácita del destino que nos toca vivir:

“... Dios no interviene en los pleitos de este mundo, se ve enseguida, por eso se dice que el hombre está dejado de la mano de Dios...”

“... mi familia es como la ciudad de Venecia, que vive de recuerdos y se va hundiendo poco a poco y sin remisión, también sin enterarse...”

En este microcosmos de pasiones, en donde quizá sólo un gallego puede captar todos esos matices de primitivismo mezclados con la sumisión ante la adversidad y el infortunio, Cela se encuentra a sus anchas. Su modo de narrar alcanza aquí, como lo hará unos años después con *Madera de boj*, su más alta cima, y es en donde su oficio de escritor se manifiesta de forma rotunda e incuestionable. Domina con perfección ese mundo y esos sentimientos, y la forma de expresarlos. Lo conoce bien, por su cuna gallega, y por sus vivencias y observaciones de la realidad que le circunda.

En este universo de vida y de muerte, la referencia a la enfermedad es muy frecuente. Nuevamente, Cela nos ofrece un muestrario de enfermedades de muy llamativa sonoridad:

“... mi hijo murió de garrotillo...”
 “... gastan su tiempo en rezar, en murmurar y en orinar, las dos tienen incontinencia de orina...”
 “... todo el mundo sabe que los que nacen en año bisiesto libran de las viruelas...”
 “... falleció de cólico, fue cólico miserere y expiró vomitando heces fecales...”
 “... esto no hay quien lo pare, es como el cólera morbo...”
 “... como el primo que murió de tos ferina...”
 “... le dio un vómito de sangre y se murió...”
 “-Por mí puede morirse de necesidad y más de lepra, que no le he de socorrer ni de mirar a la cara.”
 “Pilar la Maña está picada de viruelas, hasta le hace cachondo...”
 “... don Ángel sufre de orquitis y el paquete le abulta como una coliflor...”
 “... don Camilo tiene dolor de oídos, bastante dolor de oídos, pero como es de sentido común, no dice nada...”
 “Los pupilos de doña Paula somos cinco... bronquítico... asmático... orquítico...”
 “... a mi difunto lo desenterré yo misma con mis manos y con un sacho de hierro bendito para que no se pegara la peste...”
 “No le des más al anisado, ya te tengo dicho que eso es malo para el prurito anal...”

Otra avalancha de enfermedades nos las ofrece en el párrafo intercalado que nos da con el listado de mozos excluidos totalmente del servicio militar:

“... amputado de la pierna derecha... graves alteraciones cerebrales... ciego... cojo... oligofrénico... parapléjico por fractura de vértebras dorsales... amputado de ambas piernas... sordomudo... oligofrénico... castrado y ciego...”

A veces, incluso utilizando los términos como insulto:

“—¡Largo de aquí, tísica, descarada!...”

Particular interés tienen los términos gallegos, pues en la Galicia del interior es frecuente la denominación propia de enfermedades, o su interpretación de conceptos, y eso lo recoge Cela:

“... le salió un carafuncho, a lo mejor era una postema maligna, en un brazo...”

“... ya se le había curado el empinxe que le saliera en un pie...”

“... se murió de un cólico cerrado, estuvo sin cagar lo menos un mes...”

Ante tanta presencia de la enfermedad, muy del gusto de Cela es el intercalar fórmulas y remedios. Aquí no van a ser productos comerciales, sino los que las creencias o la sabiduría popular, tan rica en el pueblo gallego, va a facilitar. También aquí podríamos hacer muchas citas, pero reseñaremos las más significativas, por su originalidad o por su curiosidad:

“... le hizo una cura con la receta de siempre: hojas de herba concheira, boñiga fresca de vaca, orina de mujer, telarañas, tierra y azúcar, todo bien lamido por un perro.”

“... le daban tres tandas de nueve baños cada una, dejándole descansar tres días entre una y otra, con los baños tomaba emulsión Scout, reconstituyente de la sangre y del sistema nervioso...”

“... se curó la epilepsia con el vinagre de los cuatro ladrones, que lleva ajo, mostaza del diablo y resina...”

“... estuvieron muy malas con la tos ferina, y tuvieron que mandarlas al monte a respirar aire puro...”

“... se le había curado el empinxe que le saliera en un pie, se lo curó Catuxa Bainte bendiciéndoselo con ceniza y hablando las palabras de la costumbre, empinxe, rubinx, vaite de ahí, que o bispo sagrado pasou por eiquí, e a cinza do lar correu tras de ti...”

“Pura la Parrocha huele a ajo, no es por gusto sino por necesidad... tiene alta la tensión de la sangre y desayuna con ajiaquite para ver de baxarla...”

Este carrusel o comedia humana, sinfónica y arrebatadora, tratada con esa magia hipnotizante de la fascinación por la palabra, evoca el mundo real, que aún existe, pese a la variación de las circunstancias históricas. Siempre la avalancha de personajes con sus miserias, sus enfermedades, y sus muertes. Al final, siempre la muerte...

“... todos los muertos son de Dios, a los muertos les gustan mucho las flores, fíjese que en el camposanto nacen siempre las flores más hermosas, a los muertos se les escapa el alma por las flores que nacen sobre las tumbas...”

MEMORIAS, ENTENDIMIENTOS Y VOLUNTADES

Es la segunda, y última, parte de sus memorias, que proyectó años atrás, y las había iniciado, narrando en uno de sus libros más tiernos y deliciosos, su infancia, con *La rosa*, en 1959. Esta segunda parte la publica en 1993, y va a relatar sus peripecias de adolescencia y joven adulto, en el Madrid que le tocó vivir.

Narra, “mezclando el tiempo que va y viene, y la memoria confundiendo todo”, una época apasionante en su intensidad existencial, con un Cela que descubre el mundo como es, con las miserias de la época, y con el despertar de la sexualidad, tema literario muy explotado por nuestro autor. Nos proporciona una gran avalancha de datos precisos sobre su vida, y sobre la ciudad y sus circunstancias. A veces, los episodios narrados, con el grado de realidad histórica que quiera dárseles, son de gran jocosidad, muestran al Cela divertido, narrador en su ambiente, mezclador de disparates y anécdotas, personajes, guiños...

Considero de interés traer este libro en nuestro repaso bibliográfico, porque Cela cita su época de estudiante de Medicina, sólo un curso, sobre 1934-35, aunque lo hace muy brevemente. Es la primera carrera universitaria en la que se matricula, también lo va a hacer en Derecho y en Filosofía y Letras, pero no se licencia en ninguna. Curiosamente, no llega a ser licenciado la persona, y así figura en el libro Guinness de los récords, con más Doctorados *Honoris Causa* del mundo.

Muy presentes siguen la tuberculosis (propia y de otras personas, que va citando sin excesivas concesiones), y las enfermedades de índole sexual, que le proporcionan en su detalle grandes momentos humorísticos.

El texto lleva una secuencia biográfica rigurosa, con ciertos vaivenes de la caprichosa memoria, pero es de fácil y muy agradable lectura, que se ve intercalada por más de un centenar de anuncios médicos de la época, sin solución de continuidad, algunos con un lenguaje rancio, pero que a la vista de la farmacopea actual, nos mueve a la melancólica congoja del recuerdo.

Vayan unas muestras:

“Tónico reconstituyente Remey, debilidad nerviosa”

“Anemia, debilidad, agotamiento, vino generoso Nuestro Señor Jesucristo”

“...el Thermogéne es la huta que engendra el calor y cura los resfriados, dolores y reumatismos...”

“Más fuerte que el roble gracias al Kinotinol, el mejor reconstituyente de los conocidos hasta el día”

“Amido-Sulfol Esteve, quimioterapia moderna para las infecciones estreptocócicas, meningocócicas, gangrena gaseosa, gonocócicas, pneumocócicas, colibacilosis. Neo-Spirol Esteve, para el tratamiento de la sífilis en todos sus períodos”

LA CRUZ DE SAN ANDRÉS

Escrita en 1994, con ella gana Cela el Premio Planeta de ese año, y sale en noviembre. Cela se aventura a presentarse, por primera vez en su vida, a un premio literario. Es una prueba para sí mismo, y naturalmente la supera. Así es como obtiene el más popular de los premios literarios españoles, en su edición 43, y ya ganado con anterioridad por muy prestigiosos escritores, que optaron en su momento, en parte atraídos por la categoría del patrocinador y por el enorme aparato comercial que lo sustenta.

Su salida provoca fuertes críticas. Nace rodeada de polémicas muy difundidas, y muy desagradables, afortunadamente ya resueltas.

Es una obra que merece una atenta relectura. Va a recrear una compleja y enmarañada historia de un crimen múltiple ocurrido años atrás en Santiago de Compostela, pero su acción la hace transcurrir en La Coruña. Utiliza una voz femenina, la de Matilde Verdú, curiosamente el mismo nombre que utilizó como seudónimo en los años 40 al hacer como encargo un opúsculo sobre San Juan de la Cruz, y que le gustaba decir que era nombre de inspectora de segunda enseñanza. Esta protagonista escribe y escribe la crónica de un derrumbamiento, y lo hace en diversos rollos de papel higiénico, en concreto “La Condesita”, *“de mejor textura y donde no se corre la tinta del bolígrafo...”*

Otra vez estamos ante una sucesión caótica de hechos sucedidos vertiginosamente a una familia, en un fluir incesante de diálogos, personajes..., pero sin poder afirmar con certeza qué está ocurriendo, a quién, y en dónde. Pero, poco a poco, surge la evidencia de un conjunto, y todo ello se puede considerar, una vez más, como un desafío inteligente al lector.

Esta obra es la que Cela dedica a la Galicia urbana (quizá junto con *La rosa*), y en ella vamos a encontrar el plurilingüismo social que

tan bien domina nuestro escritor, con tiempos verbales y jergas que componen el idioma, y en el que es maestro.

Y aquí sí van a aparecer nuevos vocablos médicos no utilizados anteriormente en sus escritos, como el sida:

“Los caracoles del cementerio de Iskilip pueden contagiar muy raras y peligrosas enfermedades, el sida la primera, no basta lavarlos con agua bendita porque como son musulmanes y los exorcismos cristianos se les disuelven en la baba, el agua bendita no tiene efecto ninguno”
 “... también hijo... del primer matrimonio de mi marido, murió de sida, la poesía lírica tiene sus servidumbres...”

O el cáncer, a veces tratado con un humor fino y un punto cruel:

“El cáncer de próstata no es de los peores, mi marido... prefería un cáncer de próstata a un traje marrón o una gorra con la visera de hule como la que llevan algunos alemanes...”

“Clara Erbecedo murió de cáncer de útero, le picó la víbora de la espigarueta y no pudo resistirlo...”

“... llaman cirripona al cáncer de hígado...”

“Robert Taylor fallece a los cincuenta y siete años de edad a consecuencia de un cáncer...”

Y de humor por lo absurdo de las situaciones:

“... aquel medio novio al que le picó una avispa en los testículos, bueno, en el escroto...”

“... don Alfonso padece de aerofagia y el aire tampoco se le va a quedar dentro, por algún lado tendrá que salir, esto es algo que las señoras de cierta edad no entienden.”

“Yo no soy más que una mujer que sólo sabe criar desgracia... por eso hablo sola como los eremitas y los ciclistas que padecen de lombrices...”

Otras entidades clínicas:

“—Puedes seguir tú, si quieres, con la crónica del derrumbamiento, yo tengo unas ligeras molestias en las cervicales...”

“...el embarazo no fue bueno y el parto resultó aún peor, muy laborioso y lento, al final tuvieron que aplicarle fórceps. A la niña empezaron a darle convulsiones y ataques epilépticos a los seis meses y esto le ocasionó un retraso físico y mental considerable...”

“María Carlota tenía mala salud, era diabética y padecía del riñón y del

hígado, el médico le dijo que llevase una vida normal pero que vigilase mucho la alimentación, no tomase ni una sola copa, reposase dos horas después de la comidas y sobre todo que se quitase de la cabeza la idea de tener hijos.”

“Betty Boop anduvo siempre haciendo equilibrios por las lindes de la depresión, estas jóvenes medio enamoradizas y medio mágicas tienen alma de trapealista de circo, pero les falla el sistema nervioso y eso es un peligro incluso grave...”

“... don Severiano padecía de la próstata y no podía decir misa por si le atacaba la incontinencia de orina.

—Pero, hombre, ¿por qué no te operas?

—Sí, no voy a tener más remedio.”

“... también se pasaba temporadas en Conjo —famoso sanatorio psiquiátrico próximo a Santiago de Compostela—, es frecuente que algunas enfermedades vayan por familias, el cáncer, la locura, la lepra, otras no, la sarna, la tiña, la blenorragia, no se pueden dar normas generales, es cierto, pero sí aproximadas.”

Siempre, como ya citada constante en sus obras, la presencia de cojos (“... lo dejaron cojo en la Guerra...”), bizcos (“... casi todos nuestros pretendientes tenían una hermana bizca y una tía coja...”), sordomudos (“... era un hombre delgado, bajito y sordomudo que se había quedado así de una explosión en la guerra pero que con alaridos y gestos se entendía perfectamente con todo el mundo...”), ciegos (“El que nace ciego, como el que nace príncipe, tarda muchos años en enterarse de que lo es...”), u otras variantes (“... el pobre Curriño me salió mongólico porque su padre estaba borracho cuando me lo hizo, lo recuerdo bien, fue en la romería dos Caneiros de 1961.”).

En el relato descubrimos, asimismo, determinados remedios, absurdos o con el punto de credibilidad que se le quiera dar en el contexto de la crónica y del mundo que el autor fabula:

“A Betty Boop, a poco de romper con el violinista, le dio una depresión y los padres la llevaron al psiquiatra, antes se llamaban contrariedades amorosas y no la llevaban a una a ningún lado.

-Lo mejor será que la manden ustedes una temporada al campo a estar tranquila, a respirar aire puro, llevar una vida sosegada, comer mucho, oír música de Mozart y de Beethoven, leer libros apacibles y pasear, pasear constantemente, mañana y tarde; no voy a recetarle medicina alguna porque creo que con una vida sana y ordenada será bastante.”

“—¿Usted no cree que se pueden capar muchachos obligándolos a tocar vals en la pipiritaña?”

“... en una bolsa de seda verde mete un trozo de pergamino con tu nombre escrito en letra redondilla, tres clavos de carpintero de ribera usados, una siempreviva, trece cabellos de tu propia cabeza y una estampa de santa Elena, pídele que aleje la histeria, la neurastenia y el mal de amores...”

“... encomendándose a santa Florentina se puede huir de los manicmios tantas veces como se quiera...”

Y, sobre todo, la permanente presencia de la muerte como hecho normal y lógico:

“... le dieron garrote en el patio de la cárcel por el asesinato de su esposa...”

“... chocó de frente contra un camión y murió en el acto...”

“... la encontraron una noche en el Relleno cosida a puñaladas...”

“... lo mataron dándole con un remo de trainera en la cabeza, se la partieron en dos, mi marido siempre dijo que ninguno de los cinco hijos de su primer matrimonio tenía la cabeza lo suficientemente dura...”

“... le pegaron un tiro en el vientre, y murió sin que diera tiempo de llevarlo al hospital, murió por el camino.”

... a veces sin abandonar el punto de humor y de absurdo:

“... los joyeros y los aparejadores se suicidan siempre tirándose por la ventana, los boticarios y los funcionarios se envenenan con barbitúricos, las criadas con aguarrás o con lejía, los marineros, los carpinteros y los plomeros se tiran a un pozo, antes se tiraban por un acantilado, los comerciantes y los cocheros de punto se ahorcan, también los taxistas, los militares se pegan un tiro, y así sucesivamente...”

“El ajusticiado no siempre tiene la dignidad del cerdo, que muere blasfemando, rugiendo, aborreciendo y odiando, jamás las víboras verdes de Kinikdeliberi odiaron con más reverente maestría, el cerdo no perdona jamás al matarife al que, si pudiera, degollaría con el mismo cuchillo de hoja ancha con el que se le desangra parsimoniosamente, también con mucha crueldad e inquina, hasta la muerte, hay condenados a morir en el patíbulo, en el tajo, en la horca, en la guillotina, en el garrote, en la silla eléctrica, que sonríen al verdugo, que se esfuerza por caerles inútilmente simpático... el verdugo no mata por odio ni por asco ni por capricho, el verdugo procede por muy confusas motivaciones y mata por dinero...”

MADERA DE BOJ

Es la última obra publicada por Cela, en el año 1999, tres años antes de su fallecimiento. Un joven Cela, ¡de 84 años!, culmina así la trilogía dedicada a la tierra gallega que lo vio nacer, y que había anunciado cincuenta años antes: la Galicia urbana (*La cruz de San Andrés*), la Galicia del interior (*Mazurca para dos muertos*), y la Galicia marinera, con este *Madera de boj*, que se le había quedado enquistada años atrás, cuando la lógica convulsión del Nobel había interrumpido su redacción. La retoma un tiempo después, si bien su producción no cesa, pues en ese lapso siguen surgiendo nuevos títulos.

Cela no puede hacer mejor broche literario para su carrera. Toda una vida de creación y de recreación que va a poner, en su momento final, una de las cumbres de la Literatura Española. Por sus páginas recorreremos nuevamente, a la manera de *Mazurca*, que la recuerda en su concepción sinfónica y en el atropellado carrusel que ofrece, otra visión del mundo gallego. Cela ha conseguido captar así la clave del país gallego, algo que no lo conseguimos con la geografía o con la historia, sino en el decir mismo de sus hombres.

Con *Mazurca para dos muertos* y *Madera de boj*, no dejamos de ver la mano maestra que esculpe ambas obras y que utiliza otra vez la estructura circular y envolvente, que es la misma rueda de la vida, convertida en danza macabra, que todos vivimos al son que nos marca el ruido de la mar, representándolo mediante la recurrencia, tan lograda: “*el mar no va y viene, sino que viene siempre, zas zás, zas zás, zas zás...*”

Aquí no encontramos la crudeza y el primitivismo del interior, sino la lucha poética de la supervivencia del hombre contra la mar. Vence la muerte, siempre la muerte, y el ritmo narrativo, hipnotizante una vez más, se ve intempestivamente plagado de las crónicas, históricas, de naufragios de la Costa da Morte finisterrana. Docenas de referencias a estos naufragios, con detalle numérico de fallecidos, como homenaje al hombre del mar. Pero no es un catálogo de desastres, sino que Cela juega, con su torrencial dominio de la palabra, en un gran maremoto literario, en el que logra hipnotizar al lector, alcanzando quizá su máxima expresión poética. Otra gran traca verbal.

Vuelve a utilizar su más que dominada forma “letanía”, aparentemente atropellada secuencia de miles de historias dentro de una

estructuradísima historia común. Otra vez personajes que aparecen y desaparecen, seres desvalidos, amores que se confunden con las mareas, sueños..., y sobre todo un cosmos de palabras. Estos personajes son presentados desde todos los pelajes y desde todas las circunstancias: gente de toda catadura... un gran panorama humano en los Cela sabe ser único, y que le sirve para entremezclar la historia de los naufragios con la fábula y la leyenda del pueblo gallego, al convertir la Costa da Morte en un espacio mágico y a la vez misterioso.

En el mágico trenzado de la obra, la mitología popular se nos presenta con la suma de enfermedades, mitos, creencias, leyendas y consejas, de lo más variopinto. Como pinceladas demostrativas de enfermedades:

“... estaba picado de viruela y tenía la cara roja, parecía un cangrejo cocido...”

“... también tenía deudas y mal de próstata, se iba meando por encima...”

“... en el túnel, a pesar de ser pequeño, morían los jornaleros de silicosis...”

“... los sesos de gato pueden producir locura y ataques epilépticos porque en muchas ocasiones alojan al demonio, esto no se puede saber antes, sería muy cómodo...”

“... fuma demasiado, los amigos tememos que le vaya a dar una ronquera maligna...”

Más significativo, si cabe, es el desfile de deficiencias físicas, muestra de miserias humanas:

“... quedó cojo de un temblor que lo tiró por el cantil de Punta Reboeira...”

“... el buzkashi es un deporte duro y peligroso... los contendientes se tunden a latigazos, a algunos los dejan tuertos pero no lo toman a mal porque eso le puede pasar a cualquiera...”

“... el pánico hace que el corazón de quienes ven muchos tuertos lata sin compás...”

Obra redonda, llena de magia, de vida y de muerte, sinfonía de los mayores y mejores cantos a una tierra, la gallega, por una de sus voces más inmortales, presentes e inolvidables...

OBRAS DE CAMILO JOSÉ CELA

POESÍA

La lámpara encendida (inédito, 1937), *Cancioncilla y divertimentos* (inédito, 1937), *Pisando la dudosa luz del día* (1936; 1ª ed. 1945), *El monasterio y las palabras* (1945), *Cancionero de la Alcarria* (1948), *Tres poemas galegos* (1957), *Danza de las gigantas amorosas* (1975), *Reloj de arena, reloj de sol, reloj de sangre* (1989), *Poesía completa* (1996).

ROMANCES DE CIEGO

La verdadera historia de Gumersinda Cosculluela, moza que prefirió la muerte a la deshonra (1966), *Encarnación Toledano o la perdición de los hombres* (1966).

NOVELA

La familia de Pascual Duarte (1942), *Pabellón de reposo* (1943), *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* (1944), *La colmena* (1955), *Mrs. Caldwell habla con su hijo* (1953), *La catira* (1955), *Tobogán de hambrientos* (1962), *San Camilo 1936* (1969), *Oficio de tinieblas 5* (1973), *Mazurca para dos muertos* (1983), *Cristo versus Arizona* (1988), *El asesinato del perdedor* (1994), *La cruz de San Andrés* (1994), *Madera de boj* (1999).

NOVELA CORTA

Timoteo el incomprendido (1952), *Santa Balbina, 37, gas en cada piso* (1952), *Café de artistas* (1953), *El molino de viento* (1956), *Los ciegos, los tontos (Historia de España)* (1958), *La familia del héroe* (1965), *El ciudadano Iscariote Reclús* (1965), *La insólita y gloriosa hazaña del cipote de Archidona* (1977).

CUENTOS, FÁBULAS, APUNTES Y DIVERTIMENTOS

Esas nubes que pasan (1945), *El bonito crimen del carabinero* (1947), *El coleccionista de apodos* (1947), *El gallego y su cuadrilla*

(1949), *La naranja es una fruta de invierno* (1951), *Nuevo retablo de Don Cristobita* (1957), *Los viejos amigos* (1960), *Gavilla de fábulas sin amor* (1962), *El solitario* (1963), *Toreo de salón* (1963), *Ónce cuentos de fútbol* (1963), *Izas, rabizas y colipoterras* (1964), *Nuevas escenas matritenses* (1965-1966), *La bandada de palomas* (1969), *Balada del vagabundo sin suerte* (1973), *Minúscula historia de España* (Cristino Mallo) (1973), *Cuentos para leer después del baño* (1974), *Rol de cornudos* (1976), *Las orejas del niño Raúl* (1985), *Vocación de repartidor* (1985), *Los caprichos de Goya* (1989), *El hombre y el mar* (1990), *Cachondeos, escarceos y otros meneos* (1991), *La sima de las penúltimas inocencias* (1993), *La dama pájara* (1994), *Historias familiares* (1998).

MEMORIAS

La rosa (1959), *Memorias, entendimientos y voluntades* (1993).

VIAJES

Viaje a la Alcarria (1948), *Ávila* (1952), *Del Miño al Bidasoa* (1952), *Vagabundo por Castilla* (1955), *Judíos, moros y cristianos* (1956), *Primer viaje andaluz* (1959), *Cuaderno del Guadarrama* (1960), *Páginas de geografía errabunda* (1965), *Viaje al Pirineo de Lérida* (1965), *Madrid* (1966), *Viaje a USA* (1967), *Barcelona* (1970), *La Mancha en el corazón y en los ojos* (1971), *Nuevo viaje a la Alcarria* (1986), *Galicia* (1990), *Mis rutas escondidas* (1993-1995), *Cela, vagabundo por el Condado de Niebla* (1966).

ARTÍCULOS

Mesa revuelta (1945), *Mis páginas preferidas* (1956), *Cajón de sastrerías* (1957), *La rueda de los ocios* (1957), *Cuatro figuras del 98* (1961), *Garito de hospicianos* (1963), *Las compañías convenientes* (1963), *Al servicio de algo* (1969), *La bola del mundo* (1972), *A vueltas con España* (1973), *El tacatá oxidado* (1973), *Los sueños vanos, los ángeles curiosos* (1979), *Los vasos comunicantes* (1981), *Vuelta de hoja* (1981), *El juego de los tres madroños* (1983), *El asno de Buridán* (1986), *Desde el palomar de Hita* (1991), *O camaleón solteiro* (1991), *El huevo del juicio* (1993), *A bote pronto* (1994), *El color de la mañana* (1996).

154 *La medicina en la novelística de Camilo José Cela*

TEATRO

María Sabina (1967), *Homenaje al Bosco I. El carro de heno o el inventor de la guillotina* (1969). *Homenaje al Bosco II. La extracción de la piedra de la locura o la invención del garrote* (1999).

DICCIONARIOS

Diccionario secreto (t. I, 1968; t. II, 1971), *Enciclopedia del erotismo* (1976), *Diccionario del erotismo* (1988).

LEXICOGRAFÍA

Diccionario Geográfico Popular de España. Introducción a la dic-tadología tópica de España (t. I, 1998).

ADAPTACIONES, TRADUCCIONES, VERSIONES

El cantar de Mío Cid (1957-1959), *Libro de guisados, manjares y potajes, de Maese Ruperto de Nola* (1969), *La resistible ascensión de Arturo Ui, de Bertold Brech* (1975), *La Celestina* (1979), *El Quijote* (1981).

ENTREVISTAS

Conversaciones españolas (1986), *Lo que dijo Cela en TVE* (1989).

OTROS

Baraja de invenciones (1953), *Ensueños y figuraciones* (1954), *La obra literaria del pintor Solana* (1957), *Recuerdo de Don Pío Baroja* (1958), *Trozo de piel* (1961), *Breve teoría de la casa* (1964), *El espejo y otros cuentos* (1981), *Álbum de taller* (1981), *A la pata de palo* (1988), *Discurso para unha xove dama amante dos libros* (1991), *Noticia de algunos amigos* (1991).